

A escala de grises - Arcoíris

Enciendo el aire acondicionado como si fuera el antídoto que me salvará la vida. Si le hacemos caso al noticiero, estamos peor que en el Everest. A esos cinco Celsius que dicen les sumas treinta y no regresarás deshidratado de la escuela. Al menos eso calculé con seis años en la camilla de la enfermería mientras me sujetaban un paño helado en la frente. Mis padres no me recogieron, así que me quedé allí hasta que recobré las fuerzas para caminar a casa.

Hace unos nueve años, cuando mi abuela vivía con nosotros, me contó que afuera de la muralla hay millones de personas. Al principio me burlaba de ella, pero una tarde estaba jugando a las escondidas con mi hermanita en el ático y, mientras me ocultaba detrás de un muro, resbalé y caí sobre una pila de cajas. Arrugué la cara, pero mis padres no se inmutaron a pesar del estrépito. Entonces ahí estaba la foto, intentando llamar mi atención tras el polvo y las telarañas, del mundo de afuera. Dos mujeres vestidas de amarillo se besaban frente a una estructura torcida y en el cielo flotaba un objeto ovalado. Ya me la había enterrado en el bolsillo cuando Nadia me encontró mirando el vacío.

En la ciudad de Paz, miras por la ventana y parece ser que la vecina de arriba está trotando, pero en realidad es la de abajo. Todas las señoras usan las mismas mallas y la misma cola de caballo deshecha. Todos los niños juegan con el mismo carrito y cantan la misma canción, *Equality*, la única que permiten en la radio para jóvenes. Pero nadie sale los domingos a merendar en el parque o a nadar en la piscina central. La única vez que vi a alguien darse un chapuzón fue en la calle central, en una pantalla grande para un comercial de bloqueador solar. La razón no es que el agua sea mugrosa o que el parque no esté abierto. La realidad es que si dices la palabra equivocada o las cámaras te atrapan cuando se te olvidan las normas...

Así, hace seis años en Nochebuena, mi abuela no volvió del supermercado. Esperaba con ansias su pastel de colores, como cada navidad. Ella misma tintaba el suspiro y lo decoraba con si se tratase de una cirugía. Mis padres la reprochaban y nunca probaban un bocado. Yo, en cambio, me lo comía en cuestión de horas. Pero cuando los grillos comenzaron a cantar y el salmón dejó de humear, les rogué a mis padres que fueran a buscarla. Me mandaron a dormir.

Mi abuela no veía televisión. Me repetía una y otra vez que nos querían lavar el cerebro y que tendría que usar lentes enormes si la miraba por mucho tiempo. Estaba jubilada cuando se mudó aquí, pero no podía mantenerse en un mismo lugar por mucho tiempo. Se iba por la mañana a hacer ejercicio, o eso decía entre dientes, y volvía a las doce en punto para preparar el almuerzo. Para el postre, me dejaba entrar las galletas en el horno y se iba a su habitación. La escuchaba desde la cocina entonando canciones desconocidas y paseándose de un lado a otro. Luego regresaba con una sonrisa pintada en la cara y servía dos platos de galletas con leche. Mecía la cuna de Nadia con una mano y, cuando terminaba su mitad, con la otra me robaba de la mía. Ahora que la abuela no está, me toca cocinar, lavar y hacerle galletas a mi hermana.

Envié mi aplicación para la universidad hace un mes. Si no eliges una carrera estás “impidiendo el desarrollo de una sociedad de bien”, así que escogí periodismo. Siempre me imaginé cambiando el sistema con mis ideas, diciendo lo que pasó sin censura o mis

ideas sobre lo tabú. Lo gracioso es que en la escuela me quedaba en blanco al ver a mis compañeros desde la perspectiva del profesor. Cuando me tocaba hablar, no recordaba ni mi nombre. Mis padres piensan que quiero ser abogada, como ellos. Tampoco hace falta hacer mucho esfuerzo para ocultarles algo, hay veces que no saben ni qué día es.

El zumbido de la computadora trepa de la cama hasta mi espalda. Me enderezo y la agarro como si mi vida dependiera de ello. Era el correo de la universidad. Miro por encima del hombro y hago clic.

Una sola palabra se encuentra en la página: “Aceptada”.

Se desvanece un nudo en el estómago que no sabía que tenía. Me pongo de pie de un salto y con ambas manos en la cabeza analizo mis opciones. Si les digo la verdad, no me dejarán ir. Si les miento...me sentiré como una mierda. Respiro profundo y me pongo en marcha. Escucho cada vez más cerca la voz de Presidenta en el televisor.

—...tenemos planes grandes para Paz, esta ciudad merece ser llamada reino algún día. —La entrevistadora parecía que estaba hablando con un fantasma.

—Creo que esa noticia nos alegrará el día a todos —dice mirando a la cámara con una carcajada aislada. Jadeo al ver la sonrisa de mi madre.

Mi padre apaga el sonido cuando me ve y continúa leyendo el periódico. Carraspeo.

—Me aceptaron —digo más bajo de lo que planeaba.

Mi padre asiente lentamente y mi madre hace una mueca.

—Se tomaron su tiempo —dice mi padre antes de tomar un trago largo de su vaso de cerveza.

Aguanto las ganas de rodar los ojos y los dejo solos otra vez. Abro la maleta y entro toda mi ropa, que no ocupa ni la mitad. Tampoco hay mucha diferencia entre una blusa gris y otra del mismo color. Saco mi cofre de la gaveta de abajo y lo abro sobre mi escritorio. Cojo el broche que me regaló la abuela para mi décimo cumpleaños y lo escondo en un bolsillo de mi mochila. Al inicio, mi abuela se aseguraba cada mañana que no lo llevara a la escuela. Solo dejó esa costumbre cuando le pedí que me guardara la llave del cofre en su habitación, para no perderla. El broche es redondo y pequeño, pero el peligro está en el arcoíris que tiene en el centro.

[...]

Me ajusté la bufanda para separar mi cuello de las cuchilladas del viento helado. Este clima es una comedia. Afortunadamente, la temperatura de la estación de tren te hace sudar en pleno invierno. Mi padre saca las maletas del carro y las arrastra mientras mamá y mi hermana me escoltan al interior. Los demás ya están abordando el tren de las 6, así que abrazo a mamá con la sonrisa entumecida.

—Enfócate en estudiar y te irá bien.

—Gracias, mamá.

Entonces me acerco a Nadia, que está muy callada desde que salimos de casa. Le sonrío, pero ella se enrojece y comienza a gritar.

—¡Valentina está diciendo mentiras! —Mi padre le cubre la boca con su mano derecha y con la otra hace el gesto universal de silencio.

—¿De qué hablas?

—Se llevó un arcoíris en su maleta. —Me apunta con su dedito malicioso. Se me forma un nudo en el pecho.

Mis padres me miran con confusión. Niego con la cabeza rápidamente, pero la vena pulsante en la frente de mi padre me indica que debo irme ahora. Mi madre balbucea algo, pero agarro mis maletas y corro hacia el tren. No miro hacia atrás a pesar de sus gritos. Busco un asiento y trato de evadir todo contacto visual mientras las puertas silban al cerrarse detrás de mí. Me libero de la chaqueta con rapidez y suelto el aire. *Ya soy mayor de edad. Además, la universidad la paga el gobierno. No hay nada que puedan hacer.*

Una lágrima se resbala por mi mejilla. La limpio con rapidez. El tren se pone en marcha y la luz del exterior se filtra por la ventana frente a mí. Un águila vuela solitaria entre las montañas que separan a Paz del resto del mundo. Da vueltas calculadamente y luego desaparece hacia el otro lado. Presumiendo con cada aletada dónde será su funeral. Detengo mis piernas que han estado temblando todo este tiempo y un pitido en mi cabeza es lo único que interrumpe el silencio. Nadie habla en las calles, menos en los trenes. Dicen que es mala educación, yo le llamo miedo. Hay cámaras en todas partes. Hay micrófonos hasta en los baños públicos. Al menos eso me decía mi abuela, mis padres lo niegan. De acuerdo a las autoridades estamos en el año tres mil, pero los vehículos son idénticos a los de hace mil años atrás que nos enseñan en los libros.

Las universidades en Paz son todas iguales, ya que el lema de la ciudad es... igualdad. Aquí todos debemos ser patéticamente iguales. Lo único diferente es nuestra carrera, el único aspecto de mi vida en el que tengo voz. No me quejaría si no fuera porque debo estudiar con las mismas personas durante toda mi vida. Lo peor es que no podemos salir, nuestra vida completa debe estar basada en mejorar nuestra ciudad y nada más. No sabemos nada de fuera, no nos relacionamos con nadie de fuera, no hay salida. Nacemos y morimos aquí.

La universidad II refleja el sol debido a su superficie metálica y no te alcanza el cuello para mirarla en todo su esplendor. Las habitaciones son pequeñas y todos tienen un compañero. La mía es Eve. Es rubia, alta y le gusta, no, le encanta salir los viernes por la noche. Era una de las que ponía el pie para que tropezara cuando entraba a clases de matemáticas y me escondía la mochila en el baño de varones. En fin, espero que se mude con una de sus amigas cuando se digna a averiguar con quién tendrá que convivir por cuatro años.

El edificio es mucho más alto de lo que esperaba. Todos salen y arrastro mi maleta con esfuerzo. Dudo un segundo antes de entrar. No había sentido miedo hasta este momento. Cuatro años sin ver a mi familia. Cuatro años con Eve y sus amigas. No había imaginado lo que implicaba hasta que la veo en la entrada riendo con Abel, el chico por el que babea, y otra chica. Este tenía sus brazos sobre el hombro de ambas y estaba contando una historia, probablemente sobre otra chica para darles celos.

Entro escondiéndome tras mis rizos desaliñados y corro hacia adentro.

—Miren quién llegó. —Se me eriza la piel. Sigo caminando, pero escucho sus pasos justo detrás de mí.

Intento acelerar, pero me tropiezo y caigo de cara en el suelo. Escucho risas detrás de mí, pero no tengo el valor de voltear. Corro por el pasillo y me escondo detrás de una planta.

Escucho una voz conocida murmurar sobre el silencio—. *¿Estás ahí?*

El corazón se me detiene.

—¿Abuela?

Una brisa fuerte sacude las hojas que me sirven de escondite. —*No te asustes. Estoy bien.*

—Pero... ¿Cómo? No entiendo. —Busco un micrófono escondido en alguna esquina, pero la voz parece provenir de todas partes.

—*No tengo mucho tiempo, pero sé lo que estás planeando.*

—No sé qué decir... —Bajo la voz cuando una señora de pelo blanco se detiene a hablar por teléfono justo del otro lado de mi rincón no tan secreto—. Solo sé que quiero hacer un cambio. Sé que es una estu-

—*Lo sé. Pero necesitas saber que no estás sola. Ya me tengo que ir, pero cuando necesites hablar solo llámame.*

—¿Qué? ¿Cómo que te llame? —digo frunciendo el entrecejo. Nadie responde.

Otra brisa fuerte me levanta la falda. *Seguro estoy alucinando.* Sin embargo, por alguna razón, cuando quiera hablarle estoy segura de que responderá. Mi hermana está en casa, probablemente llorando o manipulando a mi padre para que le dé mi habitación. A pesar de esto, lo único que pienso es que quiero que ella pueda tener todas las habitaciones que quiera. Le encanta dibujar y cantar, pero hasta el más fanático se harta de escuchar la misma canción día tras día. Ella se merece dibujar con todos los colores.

Me dirijo a las escaleras y cuando llego al tercer piso busco con la mirada la habitación 307. Saco la tarjeta y abro la puerta rezando para no encontrarme a Eve. Afortunadamente, no está. Sus maletas están tiradas en el medio y un montón de zapatos en un rincón. El cuarto está diseñado a la perfección para que quepan dos camas y hay un metro de suelo para estirar las piernas. Gracias a mi compañera casi me doblo el tobillo maniobrando para llegar a mi lado.

Tengo mi primera clase mañana así que tengo el resto del día y me encantaría pasarlo sola leyendo un libro o durmiendo. Abro mi mochila y saco uno de los libros viejos de derecho que le robé a mi papá cuando tenía seis y quería aprender a leer. En esos tiempos, no sabía lo que significaban la mayoría de las palabras. Como quisiera devolver el tiempo.

[...]

Me despierto espantada al escuchar un aporreo constante. Abro los ojos con esfuerzo. Mi compañera de cuarto baila mientras golpea la ventana con un cepillo. Cierro los ojos con fuerza, pero me lanza su instrumento en la espalda. Me retuerzo.

—¡Ey! ¿Qué te pasa?

Eve me mira y se encoje de hombros—. Roncas horrible, así que no dormirás más.

Me arden las mejillas. Me levanto y agarro cualquier cosa para vestirme. Entro al baño y me siento en el retrete. Dejo que las lágrimas salgan, pero no me permito hacer ruido. Los baños me calman, nadie quiere estar en el baño con otra persona, generalmente. Así que me siento segura. Entro a la ducha y me dejo llevar por el sonido del agua. Se desvanece la tensión en mi cuello y mi respiración se normaliza. Salgo cuando termino de vestirme y agarro mi mochila. No me despido.

En los pasillos se escuchan conversaciones entrecortadas y risas. Pensaba que en la universidad eso cambiaría, pero siguen siendo las mismas personas. Llego al salón de mi primera clase: *Redacción de noticias y reportajes*. A las 8 de la mañana no tengo la menor capacidad de prestar atención. Resisto mis impulsos y me siento en la esquina al frente.

—Buen día. —La profesora entra con paso lento y la mirada clavada en su cartera en la que rebusca con una paciencia digna de admirar. Luego de unos minutos saca sus anteojos y se los pone mientras se sienta en su silla. Abre su computadora y empieza a mencionar números. De acuerdo a los documentos que me enviaron, soy el número 3 en la lista.

—Valentina.

—Presente.

Espero que termine y luego me acomodo en el asiento.

—Espero que el periodismo sea lo tuyo, porque los próximos cuatro años no serán fáciles ni divertidos. Si eso piensan que es esta profesión, entonces escogieron mal. Aquí nadie expresa lo que quiere, solo lo que las personas merecen saber...

La clase continúa con presentaciones breves y luego una larga lista de reglas que olvido inmediatamente después de escucharlas. Gente levanta la mano y dice palabras bonitas, la maestra sonrío de vez en cuando y yo siento que estoy en una burbuja, observando todo desde fuera. Todos los chicos usan los mismos zapatos y el mismo peinado. Las chicas a mis espaldas hablan con el mismo tono de voz y de las mismas cosas. Es insoportable.

—Tú. —La profesora apunta a un chico delgado que inmediatamente pierde el color del rostro—. Cuéntanos por qué la nueva ley contra los homosexuales es una buena idea sin dar tu opinión personal.

Su pecho sube y baja cada vez más rápido y me muerdo la lengua.

—No te preocupes, ya aprenderás. Pueden irse. —Los demás empiezan a recoger sus cosas. Espero que salgan todos y me voy.

Vuelvo corriendo a mi habitación y destapo una granola. Prefiero esto que ir al comedor y tener que taparme los oídos para no quedar sorda con los chillidos. Bebo agua para disolver el nudo en mi garganta, pero el recuerdo de mi familia no se me va de la mente. Reviso el horario en mi computadora: tengo tres clases más.

Busco en mi mochila el broche que me regaló la abuela. No está. Abro cada bolsillo, busco en cada orificio. *No puedo respirar*. Me levanto y recorro el lugar. Me agacho para ver debajo de la cama, deshago mi maleta, abro todas las gavetas del baño, vacío el

basurero... El pánico se convierte lentamente en una angustia profunda. Una sensación de vacío. La última vez que lo vi fue en casa, antes de salir. Lo entré en el bolsillo de mi mochila.

Eve.

Seguro no volverá por ahora. No puedo creer que ella se haya atrevido a tocar mis cosas. Busco en sus bultos tratando de devolver todo a su posición original. Abro su cartera, pero hay demasiadas cosas así que tiro todo su contenido en la cama.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Giro la cabeza lo más rápido posible.

—Yo...Estaba buscando algo.

Eve me escanea de arriba abajo y me empuja. Caigo de espaldas y me golpeo la cabeza con la pared. Mis lentes impactan con el otro extremo del cuarto. Su rostro se torna borroso, pero reconozco el broche en su mano.

—Dámelo —digo con el tono más frío que jamás he escuchado salir de mi boca.

Me levanto con furia y me abalanzo sobre ella. Le arrebató el broche y la golpeo en la cara. Retrocedo al ver que le sangra la boca. Me mira con una expresión de muerte y sale por la puerta. Me derrumbo en el suelo y comienzo a llorar descontroladamente. Entro todo lo que puedo en mi mochila y salgo corriendo por las escaleras. Miro de reojo a Eve que está reclamando en la oficina de la directora. Me escabullo por otro pasillo y salgo disparada por la puerta del frente. Sigo corriendo sin voltear. Le marco a mis padres, pero ninguno me contesta. El pecho me arde. Entro a un supermercado y me compro varias botellas de agua y una funda de chocolate. Muchas calorías y no se dañarán por ahora.

Luego de caminar por más de una hora, decido pasar la noche debajo de un puente. Saco un abrigo y me acomodo en la parte con menos basura. Me como un chocolate y espero a que pasen las últimas horas de la tarde alerta ante cualquier sonido. En esta parte de la ciudad las personas no salen mucho, así que no estoy asustada de que me encuentren hoy. Sin embargo, Paz es pequeña y si me quedo aquí por mucho tiempo es seguro que terminaré muerta. Cometí el crimen del color, una de las cosas contra las que mi abuela luchó tanto. Si tan solo ella estuviera aquí.

—Valentina... —Me golpeo la cabeza con el muro al escuchar su voz.

—Ya no sé qué hacer, abuela. —Estoy sangrando.

—Primero, usa una de tus blusas para presionar esa herida. —Hago lo que me dice—. Ahora bien, te metiste en un problema muy grande. Eso lo sabes. Sé que tienes miedo. Yo también lo tengo, pero por algo llegaste hasta aquí. Eres capaz de tomar la decisión correcta, aprendiste de la mejor. —Suelto una carcajada y se me aguan los ojos.

—Gracias por estar aquí. —Sonrío, esperando que ella pueda verme—. Pero... ¿Por qué tengo que luchar por algo que debería ser normal?

—Paz solía estar abierta hasta que ocurrió la Gran Guerra en el país y decidieron cubrirla con barreras muy altas y fuertes. Desde entonces nadie entra ni sale, o eso es lo que piensan. —Frunzo las cejas con incredulidad.

—¿Guerra? Eso no está en ningún libro.

—La guerra fue a causa de la tecnología y las armas, por eso no se permite nada moderno dentro de la ciudad, sólo de la década de 2000 para atrás. Son medidas de seguridad, según ellos.

—¿Ellos? ¿Hablas de la Presidenta?

—Exacto. La nueva líder era alcalde de la ciudad en ese entonces y fue "elegida" para ser la gobernadora. Ha impuesto medidas cada vez más estrictas a lo largo de los años y ahora es la líder permanente por razones de "seguridad".

—Una dictadora —dije en un suspiro.

—Desapareció todo rastro de evidencia, incluyendo personas, así que ahora son solo mitos y todo el que hable es censurado... Yo y ahora tú. —Su voz se torna débil, algo que no recuerdo de ella.

Me va a explotar la cabeza—. Entonces... ¿Estás en el cielo o qué?

—Es mejor que dejemos algunas cosas para después. Ahora tienes que descansar.

Los murciélagos son mi única compañía. Solo puedo pensar en lo que están haciendo mis padres en casa. ¿Siquiera se acuerdan de mí? Reviso mi teléfono. Ni un mensaje. Quiero intentar una vez más, llamar otra vez, pero no lo hago. Me recuesto en una esquina y pongo una alarma. Me estremezco, no sé si del frío o del miedo.

[...]

Apago la alarma antes de que suene. El cielo aún puede confundirse con el de las doce de la madrugada, pero son las cuatro. Guardo mis cosas y me apresuro de camino a la universidad. Los perros aún duermen debajo de los automóviles de la clase trabajadora. Parecen estar acostumbrados al viento helado de estas horas, más bien parecen disfrutarlo. Nunca he sido una atleta, pero corro lo más rápido que mis piernas flacuchas me permiten.

Anoche me quedé despierta analizando lo que haría. Perfeccionando mi plan. La única forma de que todos me escuchen es si hablo por medio del aparato de notificaciones que se utiliza para transmitir mensajes innecesarios a los estudiantes. No sé exactamente dónde queda, pero debe estar en la oficina de la directora.

La puerta principal de la universidad está cerrada. Entro por la puerta lateral y miro a mi alrededor para ubicarme. Hay un guardia en uno de los pasillos. *Mierda. Me vio.* Subo las escaleras con toda la energía que me queda. Me precipito a entrar a la oficina y pongo el seguro a la puerta. Atajo la puerta con mi cuerpo y me mantengo en silencio. Escucho los pasos del guardia acercarse y luego alejarse. Vuelvo a respirar cuando sus pasos son inaudibles.

Busco el dispositivo con la mirada. Está sobre el escritorio, al lado de un cigarrillo apagado. Lo agarro y observo los diferentes botones que tiene. Asumo que el verde significa encender. Me tiemblan las manos. Mi pecho adquiere vida propia y se mueve de forma descontrolada. Aprieto con fuerza el broche y me enfoco en el aparato. Presiono el botón.

—H-hola. —Me aclaro la garganta—. Necesito que se levanten y me presten toda su atención. Es temprano, sí, pero también es temprano para hacer algo y cambiar la tortura que estamos viviendo en la ciudad. No puedo decir mi nombre porque no hay libertad de expresión. Nadie puede decir que eso no es un problema.

» Somos iguales. No tenemos identidad propia. Dejamos que nos obliguen a adaptarnos a unos estándares imposibles. Dejamos que nos roben lo que nos hace diferentes. Dejamos que nos quiten nuestro color. Somos jóvenes, pero no podemos serlo realmente.

» ¿Acaso a todos les gusta la música aburrida que nos ponen en la radio? ¿O el atuendo gris que todos llevamos porque no se permite una brillante falda amarilla o unas botas rojas? No pueden negar que no les llama ser ustedes...únicos. Sin embargo, permitimos que unos cuantos decidan sobre lo que podemos llegar a ser. ¿Dónde está la tan mencionada paz, si en el fondo todos nos sentimos inquietos?

» No podemos seguir callados. Tenemos que luchar por nuestra paz. Una vida con miedo no es vida. Alcemos la voz, juntos podemos lograr la libertad.

No pensaba escuchar una respuesta. No pensaba ser recibida con un mar de aplausos y gritos de parte de los demás. No pensaba sentirme escuchada por primera vez en mi vida. Los gritos resuenan en todo el edificio. Escucho cientos de pasos en los pasillos y gente silbando. Me preparo para salir y mezclarme con los demás, pero alguien me agarra por detrás y me golpea. *Muy, muy fuerte.*

Escucho voces ahogadas y gritos de miedo. Tiros. Llantos. Silencio.

[...]

Despierto con los ojos vendados. No puedo moverme. Forcejeo en vano, estoy atada.

—No podemos dejarla viva, ¿Qué mensaje le dará a la población? Es una rebelde—dice una mujer de voz gruesa.

—Es solo una adolescente, recién entró a la universidad.

—¡Cállate! —Escucho un cristal romperse. El hombre con el que hablaba no responde—. Tenemos que castigarla con la pena más grande. No debemos mostrar debilidad, menos ahora.

Sigo escuchando su discusión a mis espaldas. *Muy profesional.* Intento soltarme. La soga está floja. Logro sacar la mano derecha e inmediatamente agarro mi broche del bolsillo y me lo entro en la boca. Me levanto la venda de los ojos y logro ver paredes blancas que me enciegan por un segundo. Trato de buscar una manera de salir de aquí sin llamar la atención de mis secuestradores. *Una llave.* Tengo los pies libres así que intento deslizar la silla en la que estoy para alcanzar la llave. *Mierda.* La silla hace el chirrido más agudo que he escuchado. La mujer grita y me agarra por el cuello.

—Pobrecita, queriendo salvar el día como su abuela. Me dan asco. —Le escupo en la cara—. Maldita...

Me lanza al suelo y me patea repetidamente, pero no me duele. Me agarra por la blusa y me empuja hacia una habitación oscura. Escucho un ruido y luego la luz comienza a entrar por una apertura en el techo. Ya sé dónde estoy. La plataforma. No sabía que el interior de un lugar tan asqueroso puede verse tan limpio.

Comienzo a ascender. Una persona cubierta con una bata negra me señala una silla detrás de mí. Tomo asiento. Sé cómo funciona esto, lo he visto en la televisión. Busco el temporizador a mi izquierda: tres minutos. Hay una multitud en todas direcciones a mi alrededor, pero el silencio me recuerda a un cementerio. Hay una cámara apuntando directamente a mi cara. *Eso es*. Aprovecho que la presidenta sube a la plataforma y todos los ojos se posan en ella.

—Empiecen la grabación —dice Presidenta saboreando las palabras.

Agarro el broche con mis dientes de forma que se vea su centro. Nadie del público se da cuenta, pero los televidentes en toda Paz me están mirando en pantalla grande. Mi familia está mirando. Entonces, poco a poco, las personas empiezan a aplaudir. Luego más se suman. Al final, todos lo hacen.

Escupo el broche y cae en el suelo frente a mí, como un soldado que ya hizo su labor y puede morir en paz.

—Alcen la voz por lo que es nuestro. —Cierro los ojos y escucho como los aplausos se van convirtiendo en aullidos.

Los abro nuevamente para ver hombres y mujeres peleando contra los guardias del gobierno. Tiroteos y bombas. Madres cubren a sus hijos. Padres escapan con la esperanza de llegar para la cena. Pero la mayoría corre hacia mí, para salvarme a mí. Entre la multitud, distingo a Eve que me mira con horror. Me grita que la perdone ignorando el caos a su alrededor, leo sus labios. Le sonrío y me despido con la mano. Me escondo entre mis piernas y canto entre dientes la canción favorita de mi abuela mientras el mundo se acaba y no puedo hacer nada. Tengo miedo de la aguja que está a punto de atravesar mi piel, pero no del veneno dentro de ella.

3, 2, 1...

[...]

—¡Vale! ¡Ven a desayunar!

Me levanto exhausta de todo. Ayer fue el último día de escuela y hoy era el día de aplicar a la universidad para elegir nuestras carreras. Me apasiona pintar. Mi padre me fabricó pinturas de colores para mi cumpleaños, pero ni siquiera mi mejor amigo lo sabe. Si alguien llegara a enterarse...no quiero ni pensarlo. Sin embargo, ¿Cuál es el sentido de un cuadro a blanco y negro? ¿Para qué existe la palabra originalidad?

Mi padre me llama. Preparó waffles.

—¿Ya enviaste tu aplicación?

—Luego de comer lo haré...

—¿Todo bien?

—Es que...pa, no quiero dejar de hacer arte con color. ¿No puedo llevarme la pintura que me regalaste?

—¡No! Valery, hablamos de esto. Es peligroso y no te atrevas a mencionar eso nunca más. Ya eres grande y deberías entenderlo. Viste en las noticias lo que le pasó a esa pobre chica por intentar esa misión suicida... ¿Quieres que me apresen como a sus padres? Lo siento, hija.

Me mira con el entrecejo tenso.

—Tienes razón. —Asiento y le sonrío.

Termino de comer y envío el correo a la universidad antes de acomodar mis latas de pintura debajo de mi ropa.